

1

—No puedo creer que esté haciendo esto otra vez —me quejé, suspirando.

Blake me pasó un brazo por los hombros, apretándome contra su costado, y me dejó consolar por ese calor tan familiar. Salimos de su oficina y caminamos durante unas cuantas manzanas.

—Nada de tejemanejes esta vez, lo prometo.

Se inclinó para darme un tranquilizador beso en la mejilla y reí, levantando los ojos al cielo.

—Ya, claro, eso me consuela mucho.

La verdad era que casi podía creerlo. Las últimas semanas habían sido muy intensas, y algo había cambiado entre nosotros. Podía tomarle el pelo, pero Blake contaba con mi confianza. Después de tantas protestas, y tantos intentos desesperados de luchar contra mis sentimientos por él, al fin le había dejado entrar en mi vida más de lo que había dejado a nadie, y estaba encantada.

Blake esbozó una traviesa sonrisa.

—No te preocupes. Habría sido imposible convencer a Fiona para que te la jugase otra vez.

Con un pantalón capri blanco y una camisa de seda azul marino, la hermana de Blake, Fiona, nos esperaba en la puerta de un pintoresco café, bajo un rótulo grabado que decía MOCHA.

Un joven cliente abrió la puerta, llevando con él un aroma a chocolate y café recién molido que hizo sonar campanitas de felicidad por todo mi cuerpo. Casi había olvidado para qué estábamos allí cuando Fiona señaló un portal al lado del café.

—Vamos.

Nos llevó por una angosta escalera hasta el segundo piso.

—¿De quién es el edificio?

Lo había preguntado como si no tuviera importancia, pero sabiendo que no iba a engañar a nadie. Que estuviéramos a un paso de una fuente de cafeína era un gran atractivo, pero Fiona sabía que no estaba dispuesta a alquilar una propiedad de Blake o de cualquiera de sus socios.

Confiaba en él, pero sabía que estaba decidido a involucrarse en todos los aspectos de mi vida, además de en mi negocio, a la menor oportunidad.

Blake Landon era un amasijo de contradicciones. Podía ser dulce e increíblemente tierno un momento y ponerme histérica con su actitud dominante al minuto siguiente; supervisar mi negocio durante el día y follarme hasta hacerme perder la cabeza en cuanto entrábamos en casa por la noche.

Sí, bueno, reconozco que a veces necesitaba las dos cosas, pero aún no sabía cómo lidiar con ese deseo de controlar mi vida. Tirar las barreras del todo me asustaba, aunque estaba empezando a ser más abierta y a confiar en él todo lo posible.

Pero una parte de mí, la que necesitaba autonomía e independencia, quería estar absolutamente segura de que no iba a enredarme otra vez.

—Te aseguro que Blake no es propietario de este edificio —respondió Fiona.

¿Debía creerla? Poco tiempo atrás me había alquilado un precioso apartamento reformado que no solo pertenecía a Blake sino que estaba justo debajo de su residencia habitual. La tenue línea entre el negocio y nuestras vidas personales ya era suficientemente borrosa y estaba decidida a mantenerme firme.

—Me alegro.

Fiona sacó una llave del bolso y, a pesar de mis recelos, debo confesar que estaba emocionada. Abrió la puerta y entramos en la oficina. Era muy pequeña, al menos comparada con la de Blake. Aunque olía a humedad y necesitaba una limpieza urgente, el espacio tenía posibilidades.

Detrás de mí, Blake suspiró.

—Fiona, en serio, ¿esto es lo mejor que has encontrado?

Ella hizo un gesto de fastidio.

—Erica tiene un presupuesto limitado y, para esta zona y con este tamaño, es un buen estudio. Evidentemente habrá que hacer algún cambio, pero debes admitir que tiene potencial.

Miré alrededor, imaginando las posibilidades. Había estado tan ocupada contratando y trabajando desde mi apartamento que no había tenido oportunidad de emocionarme al pensar que Clozpin tendría una oficina de verdad, pero empezaba a pensar que sería divertido.

—Me encantan los suelos de madera.

—Están sucios.

Blake pasó la suela del zapato por el piso, dejando una marca sobre el polvo.

—Ten un poquito de visión, hombre. Con una buena limpieza y alguna pequeña reforma podría ser un despacho muy agradable.

—Es muy viejo —insistió él, arrugando la nariz.

Riendo, le di un golpe en el hombro.

—Enséñame un edificio en Boston que no sea viejo.

—El ladrillo visto nunca pasa de moda —añadió Fiona.

Aquel sitio no podía compararse con las modernas y reformadas oficinas del grupo Landon, pero mis expectativas eran modestas y realistas. El estado del local en ese momento dejaba mucho que desear, pero con un poco de trabajo podría servir.

Nos detuvimos frente a una gran ventana desde la que se veía la calle y experimenté una oleada de emoción. Que mi negocio tuviese una dirección sería un gran logro. Todo lo que habíamos conseguido hasta el momento parecería más real.

Me volví para ver la reacción de Fiona.

—Creo que me gusta. ¿Qué te parece?

Ella miró alrededor, frunciendo los labios.

—El precio es razonable y el contrato de alquiler te da opciones para estar aquí el tiempo que quieras. Tomando eso en consideración, yo diría que es una apuesta segura. ¿Te ves trabajando aquí?

—Sí, me veo —dije y sonreí, mi fe en Fiona renovada.

Lo que necesitábamos era una oficina cómoda y económica para el nuevo equipo de Clozpin, la red social de moda en la que llevaba todo un año trabajando.

—Voy a ver si consigo que rebajen un poco el alquiler. Porque Blake tiene razón, esto está muy sucio. Además, si vas a hacer alguna reforma podremos negociar —Fiona sacó el móvil del bolso y salió al pasillo, dejándonos solos.

—No me has preguntado qué me parece —dijo Blake y esbozó una sonrisa traviesa.

—Porque ya sé lo que piensas.

—Yo podría ofrecerte una oficina más grande y no tendrías que salir del edificio para verme. Además, te haría un buen precio por ser mi novia y en una zona mucho mejor.

Impedir que Blake se inmiscuyera en todos mis asuntos era una causa perdida. Sí, era dominante, compulsivo y persistente como el demonio, pero en realidad me ayudaba a solucionar muchos problemas. Cuando la gente que le importaba necesitaba algo, él acudía al rescate sin reparar en gastos.

—Agradezco la oferta, en serio, pero no se puede poner precio a la independencia.

Habíamos tenido aquella conversación muchas veces y seguía firme. Tenía que confiar en mi capacidad para resolver los problemas por mí misma y esa confianza funcionaba en ambos sentidos.

—Puedes ser todo lo independiente que quieras. Lo pondremos por escrito.

—Hasta el momento, poner las cosas por escrito solo me ha comprometido a depender de tus múltiples recursos.

Blake ya me tenía atada a un contrato de alquiler de un año en el apartamento, aunque aún no había cobrado ninguno de mis cheques, algo sobre lo que tendríamos que hablar muy seriamente.

—Llámallo renta fija. Podría ofrecerte la tarifa de novio... digamos a veinte años, y empezar a negociar a partir de ahí.

Me envolvió en sus brazos, apretándome contra su torso, sus labios a unos centímetros de los míos. Y mi corazón se aceleró. Aquello iba más allá de las habituales bromas en las que intentábamos quedar por encima del otro. ¿Solo llevábamos juntos unas semanas y ya estaba pensando en una relación a largo plazo?

Intenté llevar oxígeno a mis pulmones. Las palabras de Blake y su

proximidad hacían que me diese vueltas la cabeza. Nadie me había afectado de ese modo y, poco a poco, estaba aprendiendo a disfrutar de aquella montaña rusa.

—No vas a convencerme —murmuré.

Él emitió un gruñido, inclinando la cabeza para buscar mis labios, que reclamó con suave urgencia, acariciándome con la punta de la lengua.

—Me vuelves loco, Erica.

—¿Ah, sí?

Respiré, tratando de no dejar escapar un gemido al soltar el aire.

—En todos los sentidos. Vámonos de aquí. Si vas a alquilar este cuchitril, Fiona se encargará de solucionar el papeleo.

Me agarró por las caderas, aplastándome entre su cuerpo, duro como el acero, y la pared detrás de mí. No sabía por qué siempre le daba por apretarme contra superficies duras, pero me encantaba. Deslicé las manos por su pelo y le devolví el beso, olvidándome de todo. ¿Qué hora era? ¿Dónde tenía que ir después?

Repasé mentalmente los posibles obstáculos entre ese instante y el momento en que pudiera estar desnuda con Blake. Su muslo encontró espacio entre mis piernas, ejerciendo la presión perfecta para que el tiro de los tejanos se me clavase en el sitio adecuado.

—Ay, Dios...

—Te juro que si hubiera una superficie limpia en este sitio te follaría ahora mismo.

—Mira que eres perverso.

Sus ojos se oscurecieron.

—No tienes ni idea.

—Ejem...

Fiona estaba apoyada en el quicio de la puerta, intentando disimular una sonrisa. Blake dio un paso atrás, dejándome mareada y confusa por un momento, y por primera vez vi que se ruborizaba mientras se pasaba una mano por el pelo, avergonzado porque su hermana pequeña lo había pillado metiéndome mano.

—Si habéis terminado... he conseguido que rebajaran doscientos dólares. ¿Puedes tomar una decisión ahora o quieres ver más oficinas en otras zonas de la ciudad?

Me aparté de Blake para reunirme con ella, sabiendo que cuanto más lejos estuviera de él con más claridad podría pensar.

—Ya he tomado la decisión. ¿Dónde hay que firmar?

—¿Eres nueva en el barrio?

La atareada pelirroja que estaba sirviendo dos *macchiattos* interrumpió mis pensamientos mientras leía mis correos de manera obsesiva.

—Algo así. He alquilado una oficina arriba.

—Estupendo. Yo llevo aquí un par de años —me contó—. Abrí el café con mis padres, pero se han jubilado y ahora lo llevo sola con un par de camareros.

—Enhorabuena. No sabía que fueras la propietaria.

La había visto varias veces mientras exploraba el barrio, haciendo la ruta del apartamento a la nueva oficina. La verdad es que estaba deseando empezar a trabajar y los deliciosos aromas que salían del Mocha me habían llevado allí en varias ocasiones.

—La mayoría de la gente no lo sabe. Se llevan una sorpresa cuando piden hablar con el gerente y les digo que soy yo.

Le ofrecí mi mano, riendo.

—Me llamo Erica.

—Simone. Hoy invito yo.

—Genial, gracias.

—De nada.

Volvió a la barra, con unas curvas que hasta yo envidiaba. Simone tenía mucha presencia y hacía un *macchiatto* fabuloso, de modo que era la estrella del local. Los clientes la siguieron con la mirada hasta que se metió detrás de la barra.

Liz, mi antigua compañera de habitación en la universidad, entró en ese momento en el café.

—¡Qué morena estás! —exclamé, admirando la habilidad de mi amiga para parecer una modelo sin hacer un gran esfuerzo.

Su corta melenita rubia parecía más clara que la última vez que nos vimos. En cambio, yo llevaba el pelo en un recogido despeinado, un

par de viejísimos, rotos y adorados tejanos y una camiseta desteñida sin mangas, dispuesta a limpiar la oficina antes de que llegasen los muebles.

—Gracias. Barcelona me ha encantado, tienes que ir algún día. Mis padres alquilaron una casa y me he pasado los días en la playa. Una maravilla.

—Qué suerte.

—Bueno, ¿y qué has hecho tú? —Liz tomó un sorbo de café.

—He conseguido los fondos que necesitaba para mi negocio y he alquilado una oficina. Ahora mismo estoy haciendo reformas y contratando personal.

—¿En serio? ¡Enhorabuena!

—Gracias.

—¿Qué tipo de personal necesitas?

—Tenemos un par de programadores nuevos, pero no encuentro un director de marketing. Nadie me ha emocionado hasta el momento, pero necesito uno y pronto. No puedo llevar ese departamento y todo lo demás a la vez.

—Esto es genial. Creo que conozco a la persona perfecta. —Liz empezó a buscar algo en su bolso.

—¿De verdad?

—Mi amiga Risa ha trabajado para una empresa de marketing los dos últimos veranos. Se graduó con nosotras y ahora mismo está buscando trabajo. Le vuelve loca la moda, seguro que te encantará.

Enarqué una ceja. A mí no me volvía loca la moda precisamente. Sí, dirigía una red social de moda, pero era un negocio. La obsesión por la moda era cosa de Alli, pero como mi amiga era precisamente la persona a la que tenía que reemplazar, tal vez sería buena idea hablar con esa chica.

—Estoy intentando reemplazar a mi antigua socia, que se ha mudado a Nueva York, así que tendría que asumir muchas responsabilidades por un salario más bien escaso. No es precisamente un trabajo de ensueño, la verdad.

Liz sacudió la cabeza, sin desanimarse.

—A mí me parece perfecto. Deberías hablar con Risa. Podría equi-

vocarme sobre lo que está buscando, pero no pierdes nada por hablar con ella. Nunca se sabe.

Me encogí de hombros.

—Muy bien, pero no puedo hacer ninguna promesa.

—Claro que no. Le tengo aprecio, pero no somos súper amigas y si no sale bien no pasará nada.

—De acuerdo.

Esperé que me enviase la información al móvil y luego empecé a pensar en todas las cosas que tenía que hacer antes de poder abrir la oficina.

—Me alegro mucho de que hayamos vuelto a vernos, Erica —dijo Liz y sonrió, devolviéndome al presente.

—Yo también.

—He pensado mucho en lo que dijiste mientras estaba en Barcelona. —Sus facciones se suavizaron—. Debería haber sido más comprensiva con tu situación. No tenía nada con lo que compararla y seguramente no reaccioné como tú esperabas. Siento mucho no haber podido ayudarte, pero me gustaría intentar ser mejor amiga... si no es demasiado tarde.

Había bajado la voz, aunque el café estaba lleno de clientes concentrados en sus propias conversaciones.

—No, claro que no. No te preocupes.

Intenté quitarle importancia al asunto, a la disculpa y las emociones que conjuraba. Para empezar, una de las razones por las que nos habíamos distanciado era el constante recordatorio de ese momento tan difícil en mi vida, durante el primer año de carrera. Me gustaría darle otra oportunidad a nuestra amistad, pero de verdad esperaba que eso no significara revivir el pasado cada vez que nos encontrásemos.

—Estamos hablando de algo que ocurrió hace mucho tiempo. Es historia, Liz. Yo he seguido adelante y no me interesa recordarlo. Tengo un millón de cosas en las que pensar ahora mismo.

—Sí, te entiendo. La verdad, no sé cómo lo haces. No me imagino llevando un negocio. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

—Aprender lleva un tiempo, te lo aseguro, pero eso ocurre con todo en la vida. Bueno, ¿qué tal tu trabajo?

Ya debía de haber empezado a trabajar en la empresa de inversiones de la que me habló cuando nos encontramos en verano.

—La verdad es que muy bien, aunque ahora mismo vivo en un infierno de hojas de cálculo. Pero estoy aprendiendo mucho y creo que me gusta. Además, hay toneladas de tíos buenos en la empresa, así que no me puedo quejar.

Reí, recordando que Liz estaba obsesionada con los chicos cuando compartíamos habitación. De hecho, su obsesión por los chicos y las fiestas podría haber sido lo que nos llevó a esa fraternidad la fatídica noche...

Sacudí la cabeza, intentando apartar el terrible recuerdo de lo que pasó con Mark.

Ahora que conocía la identidad del hombre que me violó estaba aún más decidida a no dejar que esa experiencia me marcara para siempre. Era más fuerte que el dolor con el que me dejó y había llegado demasiado lejos como para lamentar la inocencia que me había robado.

—Me encantaría ver tu nueva oficina algún día.

—Sí, claro, en cuanto estemos instalados puedes ir a verme. Por cierto, será mejor que me vaya. Los muebles llegan mañana y tengo por delante muchas horas de trabajo para dejarlo todo limpio.

—Muy bien. Me alegro mucho de verte, Erica.

—Lo mismo digo —le contesté y la abracé sonriendo.

Salí del café y corrí escaleras arriba hasta el segundo piso. No había visto el estudio desde que tomé la decisión de alquilarlo y estaba deseando hacerlo mío, aunque eso implicara ensuciarme un poco.

Me detuve frente a la puerta, que no se parecía nada a la vieja puerta de unos días antes. La madera estaba pintada de un gris satinado, con un panel de cristal esmerilado y la silueta transparente del logotipo de la empresa en el centro. Metí la llave en la cerradura y giré el brillante pomo.

El suelo de madera brillaba, recién acuchillado y pulido. Las paredes estaban pintadas, con vistosas molduras blancas alrededor de las ventanas. Un nuevo ventilador de techo y luces de carril habían llevado la oficina al siglo XXI.

Saqué el móvil del bolso y llamé a Fiona.

—Hola, Erica.

—¿Tienes algo que decirme?

—¿Qué? Ah.

—Pensé que lo había dejado claro.

Intentaba no levantar la voz, pero ¿cuándo iba a entender que no quería que Blake se metiera en mis asuntos?

—Erica, es mi hermano mayor. ¿Qué esperabas que hiciera? Blake quería ayudarte y ya sabes cómo es.

Sí, claro que sabía cómo era y también que era casi imposible decirle que no, especialmente cuando algo se le metía en la cabeza.

Entré en el estudio, admirando la transformación. No podía imaginar nada mejor. Lo único que podía hacer era planear cómo y dónde iba a colocar los muebles. Blake había hecho el resto. Maldito fuera.

—Bueno, pues está genial. Es perfecto.

—Lo sé. Fui a echar un vistazo antes de darte las llaves. Ha hecho un trabajo estupendo, justo lo que yo había imaginado.

El temor de Fiona ante mi reacción había desaparecido y parecía tan contenta como yo.

Suspiré, golpeando el suelo con el pie. Qué demonios, yo también estaba emocionada.

—Muy bien, pero sigo enfadada contigo, que conste —le advertí, aunque sabía que no sonaba muy convincente.

—Te invitaré a una copa cualquier día de estos y te olvidarás del asunto.

—Normalmente necesito más de una copa para olvidar.

Fiona rió.

—No voy a discutir. Bueno, disfruta de tu oficina y enhorabuena.

—Gracias. Hablaremos después.

Dejé en el suelo la bolsa que llevaba, llena de productos de limpieza que ya eran innecesarios, y me senté con las piernas cruzadas en medio de la habitación, mirando alrededor. Cada pasito que habíamos dado en esas últimas semanas me había parecido abrumador, pero Blake siempre era capaz de subir la apuesta.

Justo en ese momento la puerta se abrió y él apareció en el umbral. En las manos llevaba una botella de champán, una manta y una bolsa de papel. Y una sonrisa de complicidad en los labios.

—¿Cómo está mi jefa favorita?

—No puedo quejarme —respondí, admirando su impresionante figura.

Blake extendió la manta, se sentó y dio una palmadita en el suelo para que me sentara a su lado.

—¿Qué es todo esto?

—Se me ha ocurrido que podríamos hacer un pícnic en la oficina para celebrar las reformas.

Sonreía mientras descorchaba la botella y servía dos copas que sacó de la bolsa.

Nuestras miradas se encontraron. Estaba intentando descifrar mi estado de ánimo porque no las tenía todas consigo.

—¿Estás enfadada?

—Tal vez —mentí.

Afortunadamente, había hecho un trabajo tan fabuloso en la destartada oficina que ya le había perdonado; a él y a su cómplice.

Blake elevó las cejas como si estuviera esperando mi reacción y me perdí un poco en sus ojos. Sus preciosos ojos pardos rodeados de largas y espesas pestañas negras en un rostro que me dejaba sin aliento con alarmante regularidad. El mentón cuadrado, la piel naturalmente bronceada y esos labios generosos, sensuales, que me recordaban las cosas maravillosas que podía hacer con ellos...

Podría estar mirándolo durante horas y jamás me cansaría. Estaba poseída y obsesionada. Jamás me había sentido tan deseada o tan embelesada por otro ser humano. Blake lo tenía todo. Era guapísimo, enloquecedor, y yo estaba loca por cada centímetro de ese cuerpo.

Suspiré, esperando que no se diera cuenta.

—Acepto que estás loco.

—Buena chica.

Blake se relajó visiblemente y esbozó una sonrisa cuando me senté a su lado en la manta y tomé la copa de champán que me ofrecía.

—¿Te gusta?

—Me encanta —tuve que admitir.

A pesar de sus recelos sobre el emplazamiento, parecía haber tenido visión después de todo.

—Eso esperaba.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

Blake frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Dejaste bien claro que este estudio te parecía horrible.

—Porque quería que estuvieses más cerca, pero si esto es lo que quieres... Tú aceptas que estoy loco, como has dicho muchas veces, y yo acepto que tú eres obstinada.

Lo miré un momento. No podía discutir con esa definición.

—Algunos podrían llamarlo un progreso.

La sonrisa de Blake me hizo pensar que nadie había logrado llegar tan lejos con él. No habíamos hablado de ello, pero estaba segura de que lo suyo no era llegar a compromisos. Francamente, yo tampoco, pero de algún modo estábamos encontrando la forma de hacerlo. Reformar la oficina sin decirme nada era pasarse, pero aceptar mi decisión era un paso en la dirección correcta.

Tomé un sorbito de champán, en silencio.

—Tienes que dejar que me esfuerce un poco, ¿eh?

Él enarcó una ceja.

—Es broma, ¿no?

—No, Blake. Tengo muchas cosas que aprender y no podré hacerlo si tú intervienes antes de que pueda enfrentarme a los problemas. Quiero tener la oportunidad de cometer errores y solucionarlos. Si no, iré dando tumbos en un mundo de fantasía en el que tú lo solucionas todo antes de que pueda mover un dedo.

Él exhaló un largo suspiro.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Hasta dónde dejarías que me involucrase?

—¿Qué tal si dejas que te pida ayuda cuando la necesite?

—Nunca lo harías.

Puse los ojos en blanco, aunque en realidad tenía razón; soy bastante cabezota y no suelo pedir ayuda a nadie.

—Oye. —Blake me levantó la barbilla con un dedo—. Estoy orgulloso de ti.

—¿Por qué? ¿Por haberte sacado cuatro millones de dólares?

Él soltó una carcajada.

—Si eso era parte de tu diabólico plan, entonces sí, estoy muy orgulloso porque no me di ni cuenta.

Tuve que sonreír, a mi pesar. Habría hecho lo que fuera para no tener que aceptar su dinero y él lo sabía.

—No, en serio, este es un gran paso. Quiero que recuerdes que debes disfrutar del momento.

Y eso es lo que hice. Estar con Blake hacía que cada momento fuese más dulce. Mucho más dulce. Hacía que todo fuese tan maravilloso que me preguntaba cómo había sobrevivido a la tediosa existencia que llamaba mi vida antes de que él apareciese y lo pusiera todo patas arriba.

—Estoy disfrutando gracias a ti.

Me incliné hacia delante y él tomó mi cara entre las manos, obligándome a abrir los labios con la punta de la lengua.

—¿No vas a preguntar qué llevo en la bolsa?

Me aparté un poco, sin aliento y un tanto mareada, como me pasaba siempre después de un beso. Ese olor limpio, viril, tan únicamente Blake.

Se volvió para sacar el contenido de la bolsa y dejó sobre la manta un envase con fresas, nata y una jarrita con crema de chocolate.

—¿Qué clase de merienda tenías en mente?

Él levantó la jarrita.

—Es del café de abajo. La sirven en el *macchiatto* con chocolate y no está a la venta, pero cuando le expliqué a la dueña que pensaba lamerlo de tu cuerpo desnudo para bautizar la nueva oficina me lo vendió encantada.

Reí, intentando imaginar esa conversación imposible entre Simone y él. Blake levantó la tapa de la jarrita y me la ofreció. Metí un dedo y me lo llevé a la boca. El chocolate se deshacía en mi lengua, exquisito, divino, el placer incrementado por la certeza de que Blake cumpliría su palabra en poco tiempo.

—Pensé que te oponías a los magreos en la oficina.

—Esta es tu oficina y las reglas son diferentes.

—Te lo estás inventando —le solté y volví a meter el dedo en la jarrita de chocolate, pero antes de que pudiese chuparlo Blake se lo metió en la boca para lamerlo de modo sugerente.

—Quítate la camiseta y tumbate —dijo después.

Sonreí mientras me incorporaba un poco para hacer lo que me pedía.

—Hoy estás muy mandón.

Blake sacó de la bolsa una máscara negra de seda y me tapó los ojos con ella.

—No solo hoy, cariño, yo soy así. Y será mejor que lo recuerdes.

Sentía su aliento acariciando mi clavícula y contuve la respiración, esperando el roce de sus labios, pero me sorprendió deslizando una mano por mi espalda. Desabrochó hábilmente el sujetador y oí que la prenda caía al suelo. Con los pechos desnudos y helada en la fría habitación, me sentía vulnerable.

—Tumbate y no me hagas repetirlo.

Dejé escapar el aliento que había estado conteniendo, resentida por la orden y el tono autoritario. Estuve a punto de discutir, pero esa inclinación fue rápidamente aplastada por el deseo de dejar que Blake tomase el control de mi cuerpo durante el tiempo que quisiera.

Me tumbé de espaldas, apoyando las palmas de las manos sobre la manta, fría en contraste con mi ardiente piel. Blake desabrochó mis tejanos y tiró de ellos hacia abajo, deteniéndose en el hueso pélvico.

Empezó a besar mi vientre con los labios abiertos, tirando hacia arriba de mis caderas.

—Me encanta esta parte de ti —susurró—. Me gusta todo tu cuerpo, Erica... eres tan sexy.

—Tócame.

—Pienso hacerlo, pero tendrás que esperar. Deja de moverte.

—Me estás torturando —protesté.

—No, para nada —dijo Blake y rió despacito.

Después de eso se apartó, creando una desagradable distancia en-

tre los dos. La habitación se volvió helada de nuevo. ¿Dónde estaba y qué estaba haciendo?

Sentí un escalofrío al notar la primera gota de líquido deslizándose por mi ombligo. Después roció mis pechos, empapando mis pezones, que se levantaban como con vida propia.

—¿Te gustan las fresas?

—Sí —respondí, sonriendo.

—Estupendo. Voy a darte una.

El fresco aroma de las fresas se mezclaba con el del chocolate cuando depositó la fruta sobre mi labio inferior. Abrí la boca, pero Blake la apartaba. Me incorporé para buscarla con los labios hasta que, por fin, me dejó clavar los dientes en ella y saborear la nueva experiencia de combinar mi obsesión por Blake con mi amor por la comida. Y no tenía intención de decirle que eran demasiadas cosas buenas al mismo tiempo.

Blake me dio un inesperado beso en la garganta, seguido de un mordisco, y deslizó los labios por mis clavículas, pasando entre mis pechos, rozando mis pezones con la lengua. Chupaba y lamía mi torso con lentas y aterciopeladas caricias, poniendo toda su atención en cada centímetro de piel hasta que de mi garganta escapó un gemido de gozo. El roce de su lengua me atormentaba y me excitaba como nunca. Entonces metió una mano bajo mis tejanos y acarició mi sexo por encima de las bragas húmedas.

—Voy a follarte, Erica. ¿Quieres que lo haga?

Sentir su aliento sobre los húmedos pezones hizo que se me pusiera la piel de gallina.

Mi respuesta fue un gemido entrecortado. Me dolían las manos de apretar la manta para controlarme y, a punto de explotar, las aparté para buscar su pelo, agarrando los sedosos mechones que se deslizaban entre mis dedos mientras besaba mis pechos. Lancé un grito cuando me dio un mordisco.

—Oye...

Blake me sujetó las muñecas y levantó mis brazos por encima de mi cabeza.

—No te muevas.

Oí que sacaba algo de la bolsa y, un segundo después, me ataba las muñecas con una tela sedosa, pero haciendo un fuerte nudo para que no pudiera desatarme.

Me desnudó de cintura para abajo y oí cómo su ropa caía al suelo antes de que se colocara sobre mí.

Moví las muñecas en un vano esfuerzo, ya que no era capaz de liberarme. Mi corazón se había vuelto loco y estaba un poco asustada. Me había inmovilizado antes, pero sin vendarme los ojos. Esto era diferente. No podía verlo. Me sentía impotente, ciega. El pánico se apoderó de mí y Blake fue reemplazado por una pesadilla, el más angustioso recuerdo de mi vida.

—Blake...

Apenas encontraba mi voz, teñida de una angustia que no podía controlar. No sabía si podría seguir.

Él puso una mano sobre mi corazón. Mi pecho subía y bajaba rápidamente mientras intentaba llevar oxígeno a mis pulmones.

—Cariño, no pasa nada —murmuró.

Volvió a reclamar mi boca con un beso tierno y lleno de amor que atenuó mis miedos. Siguió besando mi mentón y la sensible piel del cuello, bajo mi oreja.

—¿Me sientes? Soy yo, cariño. Solo yo.

Con esas palabras, me relajé por fin. Abrí los puños y me concentré en sus caricias, que no se parecían a ningunas otras. Nadie me había tocado como lo hacía él, como si conociese mi cuerpo mejor que yo.

El pánico iba desapareciendo a medida que me acariciaba, su voz devolviéndome al momento, nuestro momento.

—He estado duro todo el día pensando en ti. ¿Tienes idea de lo imposible que es trabajar en ese estado? Pensar en tu coñito tan estrecho, temblando debajo de mí, lista para mí.

Me excité aún más cuando se apoderó de mi boca con un beso húmedo y ardiente. Su voz me acompañaba, indicándome cada movimiento, cada uno de sus planes para mí. Mis caderas se movían en círculos, al ritmo de sus dedos, que se deslizaban sobre mis húmedos pliegues y dentro de mí, una promesa de lo que estaba por llegar.

Estaba totalmente concentrada en ese contacto, jadeando, preguntándome tontamente cuánto tiempo podría aguantar. Dios, a este hombre le encantaba torturarme.

—¿Estás bien?

Me sujetó las muñecas suavemente, deslizando luego los dedos por la cara interna de mis brazos.

Tuve que hacer un esfuerzo para responder a la pregunta. Ya no tenía ningún miedo y solo podía pensar que pronto lo tendría dentro de mí.

—Más que bien. No pares.

Abrió mis piernas y las enredó en su cintura, rozando mi entrada y empujando tan despacio que me volvía loca. Contuve el aliento hasta que estuvo dentro del todo, enterrado en mí, ensanchándose. Entonces se apoderó de mi boca con un beso profundo y respiré su aliento mientras me clavaba las caderas, recordándome lo profundamente que podía poseerme en todos los sentidos. Un incendio se extendió por mis venas, calentándose entera mientras enredaba los talones en sus muslos, empujándolo hacia mí; el deseo de tenerlo dentro casi insostenible.

Deslizó un brazo por mi cintura y puso una mano en mi coxis para protegerme del duro suelo mientras se enterraba en mí del todo. Dejé escapar un gemido de alivio y de éxtasis.

Me embestía una y otra vez, buscando el ritmo. Entre besos, me decía al oído:

—Te quiero, cariño. Estar dentro de ti, controlar tu placer... necesito esto.

Me susurraba las cosas que quería hacerme, cómo lo hacía sentir cuando estaba dentro de mí para que nunca olvidase quién me estaba haciendo el amor.

—Blake... Ay, Dios...

Solo existía su voz y su polla enterrándose en mí. Ninguna distracción, solo el fiero empuje de su cuerpo sobre el mío. Mis labios temblaban y la tensión se volvía incandescente.

—Ahora vas a correrte para mí, alto y fuerte para presentarme a los vecinos.

Tomó mis manos con una de las suyas, sujetándolas con fuerza sobre mi cabeza mientras con la otra agarraba una de mis caderas. Se apartó unos centímetros para volver a enterrarse del todo, tocando con su polla ese sitio escondido que hacía que todo se fundiese en negro.

Su nombre salió de mis labios en un grito ronco. Mil colores explotaron tras mis párpados cerrados mientras mi cuerpo se cerraba a su alrededor, la sacudida precipitando un orgasmo interminable.

—Dios, Erica... joder, así, justo así.

Se me doblaron los dedos de los pies mientras las últimas embestidas, más fieras, nos llevaban a los dos al precipicio. Blake sujetó mis caderas con fuerza para enterrarse una última vez, dejando escapar un grito ronco.

Cayó sobre mí, su cuerpo sudoroso y ardiente, y moví las manos deseando tocarlo y acariciarlo mientras aún sentía los últimos espasmos del clímax. Por fin, Blake desató el nudo con destreza para liberarme. La luz que entraba por la ventana me obligó a guiñar los ojos cuando me quitó la máscara.

El rostro de Blake estaba relajado, pero sus ojos eran oscuros y serios. Acarició mi cara con gesto reverente, apartando mechones de pelo mientras intentábamos encontrar el aliento.

—He echado de menos tus ojos. La próxima vez quiero verlos mientras hacemos el amor... todo el tiempo, hasta el final. Quiero que veas lo que me haces sentir.